



EL
LEGADO
DE NUESTROS
SABIOS



YEHUDA AZULAY



Editorial
JERUSALEM de México

Índice

Cartas de aprobación	7
Agradecimientos	15
Introducción	19
RAB JAYIM BENATAR (EL OR HAJAYIM)	27
RAB SHALOM SHARABI (EL RASHASH)	43
RAB JAYIM YOSEF DAVID AZULAY (EL JIDÁ)	61
RAB JAYIM PINTO	83
RAB JAYIM PALACHI	95
RAB YAACOB ABUJATSIRA (EL ABIR YAACOB)	107
RAB SHELOMÓ ELIÉZER ALFANDARI (EL SABA KADISHA)	125

RAB YITSJAK ABULAFIA	137
RAB YOSEF JAYIM (EL BEN ISH JAY)	143
RAB JAYIM JIZKIYÁ MEDINI (EL SEDÉ JÉMED)	163
RAB JAYIM SHAÚL DWEK HACOHÉN	181
RAB YAACOB JAYIM SOFER (EL KAF HAJAYIM)	191
RAB EFRAIM MENASHÉ HACOHÉN	201
RAB EZRÁ ATTÍA	213
RAB OBADIÁ HEDAYA	227
RAB REFAEL BARUJ TOLEDANO	235
RAB ISRAEL ABUJATSIRA (EL BABA SALI)	245
RAB YITSJAK KADURI	261
RAB YAACOB ADES	277
RAB SALMAN MUTSAFI	287
RAB YAACOB MUTSAFI	303
RAB YEHUDÁ TSADKA	315
RAB MORDEJAY SHARABI	327
RAB SHALOM MESÁS	343
RAB BEN TSIÓN ABÁ SHAÚL	351

RAB JAYIM BENATAR

(EL OR HAJAYIM)

SALÉ, MARRUECOS

5456-5503 / 1696-1743

En la guarida de los leones

El gobernador de la ciudad de Salé, Marruecos, donde vivía Rab Jayim, efectuaba los preparativos para el casamiento de su hija. Toda la familia del gobernador adquirió costosas vestimentas y se las enviaron a Rab Jayim para que tejiera sobre ellas finos bordados en oro. Pero Rab Jayim les dijo:

—Cada mes trabajo lo suficiente para ganar mi sustento y el resto del tiempo lo dedico al estudio de Torá. Este mes ya he ganado suficiente dinero para mi sustento. Volved el próximo mes.

Sin embargo, el emisario sabía que la esposa del gobernador no podía esperar, puesto que la boda se celebraría ese mismo mes. Insistió en que necesitaban la ropa decorada inmediatamente, pero Rab Jayim continuó rechazando el encargo y amablemente mandó de vuelta al enviado del gobernador antes de regresar a sus estudios.

Cuando la noticia de que Rab Jayim se había negado a realizar el trabajo para la boda de su hija llegó a oídos del gobernador, éste se enfureció enormemente. De inmediato ordenó a sus sirvientes que privaran de comida a los leones que poseía en su patio y envió una advertencia a Rab Jayim haciéndole saber que, si no aceptaba el trabajo, sería arrojado al patio con las hambrientas fieras. Pero el Rab ignoró la amenaza y continuó con su estudio.

Finalmente, los guardias del gobernador se dirigieron a la casa de Rab Jayim, se lo llevaron a la fuer-

za y lo arrojaron a la guarida de los voraces animales. Pero he aquí que, ante el asombro de todos, Rab Jayim se sentó en medio de las fieras y comenzó a recitar capítulos del Libro de *Tehilim* [Salmos] con una suave y agradable voz. Los leones formaron un círculo a su alrededor, mientras lo observaban y escuchaban su hermoso cántico. Los perplejos sirvientes del gobernador se apresuraron a comunicar a su amo lo que estaba sucediendo y éste acudió a contemplar la increíble escena con sus propios ojos. Tan pronto como dirigió su vista hacia la guarida y comprobó por sí mismo la asombrosa imagen de Rab Jayim sentado tranquilamente, rodeado por las amansadas fieras, el gobernador ordenó que el sabio fuera sacado de allí al instante. Cuando el Or HaJayim estuvo de nuevo ante el gobernador, sano y salvo, el influyente dirigente suplicó el perdón del santo *Jajam* y lo colmó de presentes.

De este modo fue cumplido el versículo: “Y tu temor e intimidación será puesto sobre todas las fieras de la tierra”, por medio del insigne Or HaJayim. Pues nuestros Sabios, *Z”L*, nos enseñan que todo aquel sobre quien la imagen del Eterno se posa completamente infunde temor a los animales: “...y ningún animal vence a la persona, salvo que ésta sea vista por el animal como otro animal” (*Shabat*, 151b). Y los comentaristas explican que esto significa que perdió su *Tselem Elokim*, su imagen de Dios.



Un regalo para el Sultán

El visir (primer ministro) de Marruecos sentía una gran animadversión hacia los judíos, pero a pesar de que gozaba de gran poder no podía hacer nada para causarles un verdadero daño, dado que el Sultán reinante mostraba gran favor hacia sus súbditos judíos y no permitiría que aquel malvado los perjudicara. Así, el perverso visir aguardaba su momento, anhelando que llegara la oportunidad de actuar.

Al fin llegó el ansiado día. El Sultán decidió viajar a las provincias más apartadas de su reino y dejó a cargo de los asuntos del país a su segundo, el visir, que sin demora aprovechó la ausencia de su superior. Preparó y ejecutó una falsa acusación contra los judíos de la capital e incitó a la población musulmana a atacar el barrio judío. Los sanguinarios árabes no precisaban demasiadas excusas para actuar violentamente, en especial contra los judíos.

Entre tanto, el Sultán había llegado a la ciudad de Meknés, donde vivía Rab Jayim, quien, sabedor del peligro que acechaba a sus hermanos, esperaba poder evitarlo. Para ello, acudió al palacio donde se hospedaba el Sultán y solicitó una audiencia, pero le fue denegada.

—Digan al rey que le traigo un regalo con motivo de su cumpleaños, pero que insisto en entregárselo personalmente —rogó Rab Jayim a los guardias.

El mensaje le fue transmitido al Sultán, con lo que se despertó su curiosidad y ordenó que aquel judío fue-

ra llevado ante él. Rab Jayim se inclinó respetuosamente, y sacó un pequeño espejo de su estuche.

—Este es mi regalo para su majestad —declaró—. Se trata de un espejo con poderes especiales. Por favor, mire en él y dígame qué ve.

El Sultán miró en el pequeño espejo y sus ojos se llenaron de asombro: allí estaban la capital, el palacio real, su trono,... ¡y el visir sentado en él como si fuera el Sultán mismo! Un gesto de enojo cubrió el rostro del legítimo Sultán mientras ordenaba a sus sirvientes prepararlo todo para regresar de inmediato.

El Sultán llegó a la capital a tiempo para impedir una masacre en la Comunidad Judía de la ciudad. En un ataque de furia, se enfrentó al insurrecto visir y lo mató. Los judíos de Marruecos respiraron aliviados — pues de nuevo se sentían libres — y agradecieron al Todopoderoso por el gran milagro que realizó para ellos.



El secreto sobre Netilat Yadáyim²

En el año 5503 (1743), el fundador del movimiento Jasídico, el Baal Shem Tov, afirmó que si pudiera unir fuerzas con Rab Jayim, juntos podrían traer al *Mashíaj*. Fueron varios los intentos fallidos realizados por el líder Jasídico para llegar a la Tierra de Israel, pues, de hecho, el Baal Shem Tov creía que Rab Jayim era el *Mashíaj* de aquella generación. El día en que Rab

² Lavado ritual de manos.

Jayim llegó a Jerusalem, el Baal Shem Tov dijo a sus alumnos:

— Hoy, el *Mashíaj ben Yosef* entró en Jerusalem.

Rab Jayim devolvió su alma pura al Creador en el tiempo de la oración de *minjá* [el rezo de la tarde], en *Shabat Pinjás*. En ese momento exacto, el Baal Shem Tov estaba efectuando la *seudat shelishit* [tercera comida sabática] y anunció:

— ¡La vela occidental se extinguió!

Una vez finalizado el *Shabat*, explicó:

— El *Tsadik* en el Oeste, Rab Jayim, partió de este mundo. La prueba de ello es la siguiente: existe un secreto sobre *Netilat Yadáyim* que le es revelado sólo a una persona en cada generación. Este secreto era conocido por Rab Jayim. Cuando efectué la *Netilat Yadáyim* para la tercera comida sabática, este secreto me fue revelado repentinamente, y esa fue la señal que me indicó que la “vela occidental” se había extinguido.



Los sagrados Tefilín [filacterias]

Rab Jayim yacía en su lecho de muerte. Los mejores médicos habían sido llamados para tratarlo, pero no habían tenido buenos resultados. En breve partiría de este mundo. Su esposa se acercó a la cama y, con los ojos hinchados por las lágrimas, exclamó en medio de sollozos:

— ¡Querido esposo! Cuando tú me dejes quedaré sola en el mundo. ¿Quién me sostendrá? ¿Qué será de mí?

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, Rab Jayim le susurró:

—No temas, mi fiel y buena esposa. No dejaré que pases hambre. Cuando yo muera, vendrá aquí un acaudalado hombre de Constantinopla. Te ofrecerá la suma de trescientos ducados³ por mis *Tefilín*. Acepta esa suma, ya que te bastará para el resto de tu vida; podrás vivir holgadamente. No obstante, deberás recordar algo muy importante: dile en mi nombre que, cuando tenga puestos mis *Tefilín*, jamás deberá apartar su pensamiento de ellos. Nunca pronunciará ninguna palabra o frase que no esté directamente relacionada con la plegaria. Advértele sobre ello; ¡no lo olvides!

Exhausto, tras agotar sus últimas fuerzas, Rab Jayim volvió a acostarse sobre la cama. Había confortado a su esposa. Momentos después, su alma pura abandonó su cuerpo terrenal. Toda la ciudad de Jerusalem lloró la muerte de este gran sabio de la Torá. A la mañana siguiente, un acaudalado hombre se presentó ante la viuda ofreciéndole comprar los *Tefilín* de Rab Jayim a cambio de trescientos ducados. Recordando las palabras de su esposo, la viuda aceptó. Sin embargo, antes de entregar los *Tefilín* a su flamante propietario, repitió la última advertencia de su esposo: “Asegúrese de concentrar todos sus pensamientos exclusivamente en la plegaria mientras lleve puestos estos *Tefilín*. No hable ni piense sobre nada ajeno a los rezos”.

Tras expresar su agradecimiento, aquel hombre partió de regreso a Turquía llevando su preciada adqui-

³ El ducado era una moneda de oro utilizada en las transacciones comerciales en Europa antes de la Primera Guerra Mundial.

sición. Era extremadamente cuidadoso en purificar sus pensamientos mientras llevaba puestos los valiosos *Tefilín*. ¡Con cuánto fervor rezaba! ¡Cuán preciados eran aquellos *Tefilín* para él! ¡Con cuánto amor los colocaba sobre su cabeza y ataba las correas alrededor de su brazo!

Un día, mientras aquel hombre se encontraba en la sinagoga, uno de sus jóvenes sirvientes acudió a anunciarle que un importante cliente lo esperaba en su tienda. Al principio, se hallaba tan absorto en la plegaria que ni siquiera percibió la presencia del sirviente; pero cuando el joven insistió, murmuró una áspera palabra antes de regresar a sus oraciones.

El acaudalado hombre pronto notó un cambio en sus rezos y comprendió que algo había sucedido. ¡Toda la santidad que poseía mientras llevaba puestos los *Tefilín* había desaparecido! Tan pronto como se dio cuenta de esto, se sintió profundamente trastornado y, sin embargo, no podía precisar cuál era la causa de esta pérdida. En ningún caso atribuyó el cambio a aquella palabra que pronunció. Inocentemente, pensó que quizá alguna letra de los *Tefilín* se había borrado y decidió llevarlos a un experto escriba para que los revisara.

Tan pronto como el escriba abrió los *Tefilín* y extrajo las *parashiyot*⁴ quedó conmocionado. Extendió el pergamino ante los ojos del propietario y él también contempló la terrible imagen: ¡el pergamino se hallaba limpio, como si jamás hubiera sido escrito sobre él nada en absoluto! No se veía ni una sola letra. ¡Todas habían desaparecido, se habían esfumado en el aire!

⁴ Pergaminos donde están escritas determinadas secciones de la Torá.

Cuando un Tsadik decreta...

En cierta ocasión, el alcalde turco de la provincia decidió que necesitaba algunos fondos extra, por lo que exigió que la población judía pagara un impuesto especial, desmesuradamente elevado. Una reunión secreta con carácter urgente fue organizada en el *Bet Hakenéset karaita*⁵. Puesto que esta sinagoga del siglo XV fue construida literalmente bajo tierra, todos estuvieron de acuerdo con que sería el lugar más seguro y discreto donde celebrar la reunión. A la hora fijada, los líderes de la comunidad descendieron en fila las escaleras, uno tras otro. Al descender Rab Jayim, resbaló y se desmayó en uno de los peldaños. Los demás asistentes lo recostaron en el suelo e intentaron reanimarlo. Algunos dedujeron que, debido a su santidad, el sabio se desmayó en ese lugar porque fue construido por personas que defendían una ideología diametralmente opuesta a la de la Torá.

Mientras aguardaban a que Rab Jayim se recuperara, sus colegas inspeccionaron el área alrededor del escalón donde había resbalado. En la parte inferior descubrieron un volumen del *Mishné Torá* del Rambam, que es una obra basada en la Torá Oral. Los *Karaitas* lo habían ocultado allí con el propósito de que los *Jajamim*

⁵ La palabra “*Karaita*” es de la misma raíz que la palabra Hebrea “*Mikrá*” (Escritura). Los *Karaitas* creían en la Torá Escrita, pero abiertamente ridiculizaban cualquier creencia en la Tradición Oral.

pisaran sobre él inadvertidamente. Cuando Rab Jayim recobró la consciencia, los condenó y decretó que, como castigo, serían responsables de pagar la totalidad del impuesto requerido por el alcalde. Además, los maldijo con que jamás tuvieran el décimo hombre para completar el *minián*⁶. A partir de ese día, cada vez que un recién llegado se unía a sus filas, alguno de ellos moría.

Aproximadamente un siglo después, en el año 1834, veinte familias *Karaitas* emigraron desde Rusia a Jerusalem. Tan pronto como cruzaron las puertas de la ciudad, todos los hombres cayeron mortalmente enfermos y fallecieron. La gente recordó entonces la maldición que Rab Jayim había arrojado sobre la secta y alabaron al Eterno por el hecho de que: “Cuando un Justo pronuncia un decreto, el Todopoderoso lo cumple”.

Asimismo, el cónsul británico, James Finn, afirmó en el año 1853:

—Fue una sentencia del Cielo sobre los *Karaitas* que nunca pudieran reunir un quórum para la plegaria.



El Honor Celestial

En su libro *Shem Hagedolim*, Rab Jidá se refiere, entre otras ilustres figuras, a Rab Jayim y a una de sus famosas obras, *Perí Toar*, sobre Yoré Deá. En la citada obra, Rab Jayim discute en numerosas ocasiones

⁶ Quórum de diez varones adultos requerido para el rezo colectivo.

con el Perí Jadash. Respecto a ello, Rab Jidá escribió que, cuando era más joven, tuvo la dicha, junto con Rab Jayim y los integrantes de la Yeshibá del Or HaJayim, de ir a visitar las tumbas de varios Tsadikim. Mientras recorrían las diferentes tumbas, Rab Jidá se percató de que Rab Jayim pasaba mucho tiempo —aproximadamente quince minutos— ante una de las tumbas, concretamente ante la del Perí Jadash. Rab Jidá observó atentamente los labios de Rab Jayim y pudo adivinar lo que estaba diciendo: el Or HaJayim estaba pidiendo mejilá [perdón] al Perí Jadash por discutir con él en su libro y le dijo que la única razón por la cual lo hizo fue Lijvod Shamáyim [por el Honor Celestial].



El poder de una Berajá

En tiempos de Rab Jayim vivió un hombre llamado Yehoshúa, que era muy rico y un auténtico *am haaretz* [ignorante]. Yehoshúa compró de un árabe un gran campo, un hermoso terreno atravesado por arroyos de aguas cristalinas y dulces. Sin embargo, pasados dos meses estos arroyos se secaron repentinamente, provocando un gran abatimiento en Yehoshúa. Desconsolado por el hecho, acudió a Rab Jayim y abrió su corazón ante él. Una vez que terminó de exponer su problema al *Jajam*, el acaudalado hombre tomó un vaso de agua y lo bebió rápidamente, sin recitar ninguna bendición, ¡ni antes ni después! De inmediato comprendió Rab Jayim por qué las aguas del campo de Yehoshúa se habían secado.

Está escrito en el libro del Profeta Yeshayá (12:3): *Ushabtem máyim besasón mimayané hayeshuá* [“Extraerán agua con felicidad de los manantiales de la salvación”]. Si nos fijamos en la primera letra de las palabras *Beberajot Shetáyim, Shebakol uBoré Nefashot* [“Con dos *Berajot, Shebakol* y *Boré Nefashot*”], veremos que conforman la palabra *Besasón* [con felicidad]. Rab Jayim le dijo a Yehoshúa que, si era cuidadoso con sus *Berajot*, habría *mayané hayeshuá*, manantiales de salvación.

Rab Jayim dijo también a Yehoshúa que debería ser cuidadoso, a partir de ese momento, en decir a cada persona que le comprara agua que recitara la *Berajá* y que entonces el Eterno lo ayudaría. Veinticuatro horas después el agua regresó. Aquel hombre cumplió su palabra y llamó a estos arroyos *Mayanot Jayim* en honor al *Jajam*. La gente usaba esta agua como *refuá* [curación] por el mérito del Or HaJayim *Hakadosh*.



Destinado a ser el Mashiaj

En Hoshaná Rabá del año 5503 (1742), sucedió un incidente que tuvo un profundo efecto sobre Rab Jayim y también sobre el futuro de la historia de la humanidad. Rab Jayim Yosef David Azulay (el Jidá) lo narra de la siguiente forma:

En la noche de Hoshaná Rabá, Rab Jayim permaneció de pie y recitó el tradicional *Tikún* [fragmentos del Tanaj, la Biblia hebrea completa, con los libros de los Profetas]. Su semblante brillaba como el sol; rayos

de luz emanaban de su rostro. Vestido de blanco, realmente tenía la apariencia de un ángel.

A medianoche, el *Jajam* entró en su aposento privado y cambió sus ropas blancas por otras de color negro. Se dejó caer al suelo y empezó a llorar amargamente, sin moverse de esta posición durante toda la noche. Cuando comenzaron los rezos de la mañana, se levantó y se unió a la congregación en el *Bet Hakenéset*, pero después regresó inmediatamente a su estudio. Durante el resto del día permaneció sentado en el suelo. Por la tarde, cuando la festividad de *Sheminí Atséret* estaba a punto de comenzar, vistió sus ropas blancas y se unió a las Plegarias. Después de *Yom Tov*, me atreví a pedir a Rab Jayim una explicación.

—Aquella noche —me reveló Rab Jayim— pregunté ante la Corte Celestial si el *Mashíaj* podía revelarse, ¡y fue otorgado el consentimiento! Sin embargo, cuando el Satán vio que tal cambio en la historia significaría su propia aniquilación, sigilosamente urdió sus planes para hacer que más gente pecara, de modo que el consentimiento fuera revocado. Su plan funcionó tan bien que tuvo éxito en la acusación contra *Kelal Israel* [la Colectividad de Israel] promoviendo un Decreto Celestial contra ellos. ¡Una orden de destrucción fue promulgada!

Cuando vi esto, caí al suelo e hice un llamamiento desesperado para evitar la tragedia. Finalmente ofrecí dejar que el Satán me tomara a mí solamente y, de este modo, salvar al Pueblo Judío.

Rab Jayim fallecería en el transcurso de ese mismo año.